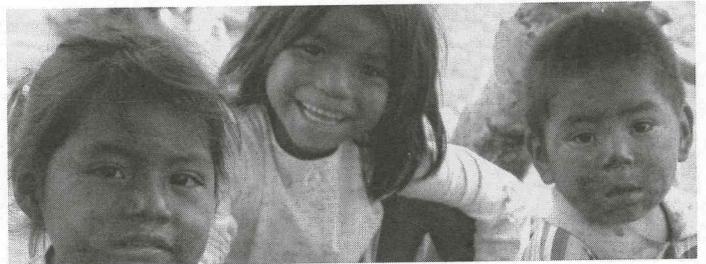


Antiguos rasgos hispánicos en las Filipinas

Maestro Arturo Guevara Sánchez

CENTRO INAH CHIHUAHUA

elguevara2002@yahoo.com



Los agustinos descalzos destacaron particularmente en la evangelización de las Filipinas, donde tuvieron una de sus provincias. Al principio, procedentes de España llegaban a México y se instalaban temporalmente en el edificio que todavía puede verse en la calle de Guatemala 90, donde funcionó el hospicio de San Nicolás de Tolentino, en el centro histórico de la capital. Posteriormente, cuando las condiciones eran propicias, los frailes continuaban su viaje hacia el archipiélago. Conviene mencionar que al paso del tiempo, la provincia de Filipinas construyó un hospicio para dar albergue a los frailes que realizaban aquel penoso viaje, aquel edificio todavía se conserva en lo que ahora es la calle Hidalgo, de la Ciudad de México, frente a la esquina NO de la Alameda central y que fue dedicado a Santo Tomás de Villanueva, un venerado santo agustino. Cabe señalar que en el hermoso edificio de aquella antigua hospedería funciona ahora un hotel que lleva el nombre de Cortés y en su fachada puede verse una estatua del santo protector al que fue dedicado el hospicio.

Normalmente, los agustinos que viajaban a las Filipinas permanecían en México algunos meses y a veces años, antes de realizar su navegación a tierras tan lejanas, ello permitió que algunos llegaran a realizar distintas

actividades en el país, y así entre otros, puede mencionarse a Fray Agustín María de Castro, quien permaneció dos años en el país e hizo estudios de Arte y Filosofía. Cuando realizó su viaje a las islas, este destacado fraile agustino efectuó distintos trabajos de historia, entre otros, la importante obra denominada *Misioneros Agustinos en el Extremo Oriente 1565-1780* (Rodríguez y Álvarez, 1996:229).

Un agustino muy destacado que también vivió en México fue Fray Martín de Rada, quien evangelizó entre los otomíes e incluso aprendió su lengua, posteriormente fue provincial en el archipiélago y llegó a ser quizás el más importante defensor de los derechos de los filipinos de la época colonial.

Conviene mencionar que muchos frailes de aquellos que estaban destinados a las islas, después de residir en México preferían quedarse en el país y truncaban su viaje, con el consabido disgusto de las autoridades.

Al igual que en todos los países que colonizó, España dejó sentir ampliamente su influencia y su cultura en las manifestaciones artísticas del archipiélago de las Filipinas. Aunque las tendencias en la imaginería de las construcciones y en el material mueble asociado se rigieron por las preferencias de la metrópoli, necesariamente la participación de los arte-

sanos se dejó sentir, generalmente de una manera discreta en la forma de realizar los detalles y las particularidades que marcaban la iconografía. Resulta ahora de gran interés detectar y estudiar algunas de las muchas creencias y rasgos asociados con el material cultural, lo que nos habla de los intereses de la gente de la época colonial, así como de la interpretación que se hizo de simbolismos semejantes en culturas distintas.

Como es sabido, en la evangelización de las Filipinas los agustinos llevaron consigo las ideas propias de su santo patrono y las devociones a diversos santos cuyos atributos aparecen repartidos a lo largo y ancho de las fachadas de innumerables templos y capillas en donde los agustinos se dejaron sentir, así ocurre por ejemplo en el templo de San Agustín de Manila, donde puede verse el corazón traspasado por las flechas, que es uno de los atributos de aquel santo, así como la maqueta que porta en la mano, que aparecen bellamente tallados en las puertas.

Los agustinos destinados a las islas del Poniente viajaban desde España llevando consigo fuertes raíces culturales y una gran preparación, debido a los azares de las comunicaciones de la época colonial, muchas veces tenían la necesidad de permanecer en

México, a veces durante años, tiempo que normalmente aprovechaban para enriquecer su propia formación. Esto explica que con el tiempo, en Filipinas fueran apareciendo distintos rasgos europeos y americanos que fueron aceptados por las culturas que se desarrollaban en las islas, algunos de los cuáles todavía se conservan. Entre los más notorios, podemos señalar por ejemplo que es posible e interesante escuchar entre quienes se comunican en *tagalog*, distintos vocablos provenientes de la lengua española, muchos de los cuáles casi han perdido su vigencia entre nosotros y en algunos casos, han desaparecido por completo, entre otros, podemos señalar la palabra *paléngke* para mercado y *kandilá* para vela. Además, en los escritos de la época colonial, se pueden leer algunas palabras que sin duda alguna son procedentes de México, tales como *petate* y *tianguis*, que marcan una influencia muy clara.

La república de las Filipinas es un país eminentemente católico y en ella se realiza un culto muy intenso, parte del cual se efectúa en instalaciones muy antiguas en las que pueden verse algunos rasgos semejantes a las de Nueva España. Los templos filipinos de la época colonial suelen ser fuertes y pesados, para resistir el embate de los terremotos, así es por ejemplo el santuario de la Virgen de Guadalupe, en las orillas de Manila, en cuya fachada pueden verse nichos enmarcados con bellos ornamentos de piedra con fuerte sabor plateresco.

En la región de Pampanga, se encuentra el templo de México, fundado en 1581 bajo la advocación de Santa Mónica que, por efectos de los terremotos, ha debido ser reconstruido en varias ocasiones. Al respecto, por el estudio de antiguas pinturas, se sabe que el templo antiguo tenía algunas características a las que se han llamado de "Estilo azteca" (Galende, 1996:132). El templo originalmente se denominaba Nuevo México y al parecer, fue fundado por gente procedente de la Nueva España.

En México, tradicionalmente se representó a San Cristóbal como a una persona gigantesca que transportaba al niño Jesús, muchas veces se le colocaba a las puertas de los templos o

de cualquier manera que pudiera verse desde lejos, ya que aun así a distancia confortaba a los creyentes (Monterrosa Prado, 1979:114), entre otros, aquellos que no podían interrumpir sus labores para irlo a visitar. De grandes dimensiones se le puede ver representado en la fachada del templo de Miagao, en medio de papayas, cocoteros y otras plantas de la región, cabe señalar que a su vez, los artesanos de México utilizaron un recurso semejante, cuando orgullosamente representaron vegetales americanos en algunos templos de Michoacán y Guanajuato.

Además del relieve de San Cristóbal, el edificio tiene otros valores por sí mismo, ya que se trata de un templo fortaleza en el que enormes contrafuertes flanquean la delicadeza de los adornos de la fachada, la cual se decoró con algunos relieves que recuerdan los diseños del plateresco de nuestro país, con aquellos se hizo la narración sin palabras del momento en que San Cristóbal cargó al niño Jesús para ayudarlo a cruzar un río. La pesadez de los muros de aquel templo dedicado a Santo Tomás de Villanueva se debe a que el sitio donde fue construido estaba asediado por grupos de piratas que ponían en peligro la integridad de las personas, y porque la región sufre el embate de terremotos con alguna frecuencia.

El contacto entre México y Filipinas hizo que la influencia se diera en ambas direcciones, y así se explica la presencia de cerámica de origen asiático en algunos edificios de la Ciudad de México, como ocurrió en los inmuebles de Guatemala 84 y 90, en el primero de ellos pudimos observar incluso la presencia de los restos de una fuente con el diseño de una *Ninphaea*, semejante a algunas figuras de esta planta acuática que aparecen representadas en la cerámica china (Guevara Sánchez, 1991), cabe señalar que dicha fuente estaba en un patio ampliamente decorada con elementos marinos entre los que destacaban mascarones del dios Neptuno, formando un conjunto que debió ser muy del gusto de gente de la costa y de los isleños. Por otra parte, también se sabe que numerosos fragmentos de porcelana oriental, con marca de fábrica pintada cuidadosamente en la

base, fueron localizados por Patricia Fournier García (1990:116). Estas piezas debieron llegar al país en los galeones procedentes del Celeste Imperio y de las islas Filipinas.

La receptividad de los artistas filipinos también quedó registrada en diversos objetos, además de rasgos como los que ya han sido mencionados, entre las piezas que se pueden admirar en el museo del convento de San Agustín en Manila, es posible observar otras tendencias, como es el caso de un extraordinario facistol en cuyos soportes puede verse una clara influencia china, resultado que se explica por la cercanía de aquel país, de donde proviene parte de la población del archipiélago. Éstas y otras características muy especiales pueden apreciarse a lo largo y ancho de las más de siete mil islas que componen el archipiélago filipino, y la posibilidad de reconocer las características aportadas por los grupos étnicos de aquel país, así como las persistencias y detalles aportados por otras culturas son uno de los muchos incentivos que se tienen para hacer el estudio de sus características más generales.

Cabe señalar que tuvimos la oportunidad de observar parte de aquel hermoso legado, gracias al gentil apoyo del INAH y de la hermana República de Filipinas, a través de su Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, que firmaron un acuerdo de colaboración académica, lo cual sin duda será beneficioso para todos los que nos interesamos en el estudio de manifestaciones como las que aquí se han mencionado.

Bibliografía:

- GALENDE, Pedro, O.S.A. *Angels in stone, San Agustin Museum*, Manila, 1996.
- GUEVARA Sánchez, Arturo, *Un rescate en la casa de Guatemala No. 84*, Informe mecanoscrito. Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH, México, 1991.
- MONTERROSA Prado, Mariano, "San Cristóbal en la Nueva España", Churubusco 1979, Dirección de Restauración del Patrimonio Cultural, INAH, México, 1980.
- RODRÍGUEZ, Rodríguez Isacio y Jesús Álvarez, *Al servicio del evangelio. Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas*, Editorial Estudio Agustiniiano, Valladolid, 1996.